

ABRAN LAS PUERTAS Y HOSPEDEN

Padre Ángel Rossi, sj
Manos Abiertas –www.manosabiertas.org.ar-
padrerossi@hotmail.com
Córdoba

Breve resumen:

Si la vida es un camino, una peregrinación tan linda como ardua que debemos recorrer en clave de esperanza, y si todo hombre es un peregrino, surge de esto una exigencia humana y cristiana que debemos renovar: la hospitalidad, la virtud de abrir puertas y cobijar, que tiene su contrapartida en el peregrino: el saber que no caminamos solos, y el reconocer que no podemos hacer el viaje de la vida de un tirón y sin ayuda, sino dejándonos hospedar.

Necesitamos sabernos reconocidos, arrancados fuera del anonimato, salvados del fango que tiende a engullirnos, por una voz que nos llama por el nombre.

ABRAN LAS PUERTAS Y HOSPEDEN

Cobijar y dejarnos cobijar

Si la vida es un camino, una peregrinación tan linda como ardua que debemos recorrer en clave de esperanza, y si todo hombre es un peregrino (homo viator), surge de esto una exigencia humana y cristiana que debemos renovar: la hospitalidad, la virtud de abrir puertas y cobijar, que tiene su contrapartida en el peregrino: el saber que no caminamos solos, y el reconocer que no podemos hacer el viaje de la vida de un tirón y sin ayuda, sino dejándonos hospedar. Magnanimidad y generosidad para la apertura, por un lado; humildad de dejarse cuidar, por el otro; dar hospedaje y dejarse cobijar: dos lindas y nada fáciles virtudes cristianas que debemos resucitar. De nuevo el hombre tiene que tender su mano al hombre porque tenemos un “santo derecho” a la hospitalidad y el correlativo “santo deber” de ofrecerla. De nuevo deben abrirse los corazones a aquel mandato benedictino -y evangélico-: “Recibe al huésped como al mismo Cristo”¹.

“El hogar -dice Nouwen- es el lugar donde podemos reír y llorar, abrazarnos y bailar, dormir mucho y sopar tranquilamente, comer, leer, jugar, mirar con embeleso el fuego, escuchar música, estar con un amigo, y todo ello con plena sensación de libertad y naturalidad. **El hogar es un sitio para descansar y curarnos.** La palabra hogar reúne un amplio abanico de sentimientos y emociones en una sola imagen, la de una casa donde da gusto estar... Probablemente no hay palabra alguna que resuma mejor el sufrimiento de

¹ Romano Guardini, *Cartas sobre autoformación* (Bs. As., Ed. Lumen, 1996), pag. 36.

nuestro tiempo que el concepto “sin hogar”. Revela una de nuestras condiciones más penosas y profundas, la de no tener sentido de pertenencia, un sitio donde sentirnos seguros, cuidados, protegidos y amados... La palabra *hogar* continúa siendo símbolo de la felicidad. Y nuestra fe cristiana nos invita a que consideremos la vida ‘como un paso hacia el hogar’ y la muerte como ‘haber conseguido finalmente llegar al hogar, a la Casa’”².

Y me parece muy lindo el enfoque que Nouwen da a la hospitalidad, porque la presenta no como un modo de proteger el fuerte al débil, el seguro al indefenso, sino como alguien también él débil, “herido” pero “siempre dispuesto a servir a algún otro, olvidando sus propias heridas”. Alguien que, conocedor en su propio pellejo de las heridas de la soledad o del cansancio del camino, ni las esconde ni hace de ellas un “exhibicionismo espiritual”, sino que las une a la de tantos otros hombres, y las hace gesto. La hospitalidad se constituye así en esa “virtud que nos permite romper la estrechez de nuestros miedos y abrir nuestras casas al extraño (o al enfermo, o al difícil, o al necesitado que sabemos que no va a agradecer con buenos modales, o al pariente pesado) con la intuición de que la salvación nos llega en forma de un viajero cansado”³.

Hospitalidad significa, por lo tanto, que esa persona, ese alguien que está “fuera” sea reciba “dentro”. Un “fuera” y un “dentro” que pueden tomarse al pie de la letra, cuando uno que no tiene casa, está de camino y se lo recibe como huésped. Pero en sentido espiritual, para que haya hospitalidad no basta “meterlo” adentro, porque puede pasar -acota Guardini agudamente- que le hagamos sentir que todavía está fuera. “Su cuerpo se halla dentro, pero el alma no. Ha de ser recibido también su espíritu. Y esto no se logra con meterlo para adentro, sino que depende de la calidez del recibimiento, de crear al huésped un ambiente que lo haga sentirse como en su casa”⁴.

Hay una hospitalidad “cuesta abajo”, gustosa. La otra en cambio es la difícil: la inesperada, la inoportuna, la que te descalabra los planes o la economía de la casa, la que te obliga a atender a un desconocido, que afectivamente no te significa nada, o incluso te despierta rechazo.

Y es que la hospitalidad es virtud de corazones grandes y humildes, requiere de esa “desmesura” propia del evangelio: la del buen samaritano que se baja del caballo y atiende al “tirado” olvidándose de sus proyectos y perdiendo de lo suyo por atender al otro, la del papá del hijo pródigo que hospeda de nuevo al que rechazó la casa.

No es fácil la hospitalidad

Por todo lo visto y por los recuerdos que uno tiene de nuestras experiencias, algunas muy gratas y otras dolorosas, nos damos cuenta que no es fácil esta virtud de la hospitalidad, esta habilidad para atender al huésped, este tomar distancia de nuestras propias necesidades, preocupaciones y tensiones, y de nosotros mismos, para atender a los demás.

² Henri Nouwen, *Signos de vida* (Madrid, Ed. PPC, 1986), pags. 25-27.

³ Cfr. Henri Nouwen, *El Sanador Herido* (Madrid, Ed. PPC, 1971), pags. 106- 116.

⁴ Romano Guardini, *op. cit.*, pags. 35-36

Y no es fácil porque implica exigencias hondas, que se constituyen en condiciones para que realmente se dé una verdadera hospitalidad:

La primera es -aunque suene medio ridículo o a trabalenguas- que el que hospeda se sienta él “en casa” en su propia casa, y esto no depende de cómo sea la casa: hay verdaderos señores de su ranchito o de su casita de chapas, y hay verdaderos extraños, perdidos, en su propia mansión. Este no es un asunto edilicio ni inmobiliario, sino mucho más profundo. Nouwen refiriéndose a esta condición, la describe como la necesidad de “interiorización”: esta capacidad de poder retirarnos al interior de nosotros mismos y poder estar allí en paz, esta necesidad de ponernos cara a cara, de frente a nuestra condición en toda su belleza como en toda su miseria y no salir corriendo⁵.

La segunda, por lo tanto, que nace de esta primera es la apertura a los otros, a la “comunidad”. Es la capacidad de crear un lugar libre y sin miedo para el visitante inesperado. Quien se sabe amado se brinda, quien vive su vida como un don, no tiene miedo de dar, es un anfitrión que ofrece hospitalidad a sus huéspedes, les regala amigablemente un espacio donde puedan sentirse libres para llegar, para estar cerca, para descansar y jugar, para hablar y callar, para comer y ayunar⁶.

Bellísimamente expresa Saint-Exúpery en “Carta a un rehén” este aspecto, al describir cómo se siente ante la hospitalidad de su amigo:

“¡Estoy tan cansado de polémicas, de exclusividades, de fanatismos! En tu casa puedo entrar sin vestirme con un uniforme, sin renunciar a nada de mi patria interior. Junto a ti no tengo que disculparme, no tengo que defenderme, no tengo que probar nada... Más allá de mis palabras torpes, de mis razonamientos que me pueden engañar, tú consideras en mí simplemente al Hombre, tú honras en mí al embajador de creencias, de costumbres, de amores particulares. Si difiero de ti, lejos de menoscabarte, te engrandezco.... Te estoy agradecido porque me recibes tal como soy... Amigo mío, tengo necesidad de ti como de una cumbre donde se puede respirar. Tengo necesidad de acodarme junto a ti sobre la mesa de una pequeña hostería y brindar en la paz de una sonrisa semejante al día... Si todavía combato, lo haré un poco por ti”⁷.

Los que han descendido al misterio profundo de sus corazones -dice Nouwen- y han hallado el hogar íntimo donde encuentran a su Señor, llegan al misterioso descubrimiento de que la solidaridad es la otra cara de la moneda de la intimidad (interioridad). Empiezan a ver que el hogar que han encontrado en su ser más íntimo es tan amplio que en él cabe toda la humanidad. La intimidad de la casa del amor -como le llama Nouwen a la intimidad con Dios- no es ni posesiva ni exclusiva, sino que, al contrario, siempre lleva a la solidaridad con el débil, ella abre nuestros ojos a todas las personas para verlas como hermanos y hermanas, y libera nuestras manos para trabajar solidariamente con toda la humanidad.

⁵ Cfr. Henri Nouwen, *El Sanador herido* (Madrid, PPC, 1971), pags. 108-110.

⁶ Henri, Nouwen, *ibid*, pag. 111.

⁷ Antoine de Saint-Exupéry, *Carta a un Rehén* (Bs.As., Ed. Goncourt, 1983), pags. 71-73.

Si hospedar no es fácil, sino que tiene condiciones que son exigentes, también las tiene por parte del que es recibido. En primer lugar -apunta Guardini- el mostrarse contento con lo que le dan, lo cual supone saber alegrarse y saber ver y apreciar lo que hace el que nos acoge, y saber agradecer.

Dar razón de lo que esperamos

Para nosotros, heredado de los judíos, este abrir y cerrar de puertas es “testimonial”: con ello damos razón de lo que creemos y anticipamos lo que esperamos, y es que en el último día habrá una puerta que se abre para los que dieron de comer y beber a los más pequeñitos, o una puerta que se cierra para los que no le abrieron la puerta de su corazón a los necesitados, cada vez que el Señor nos visitó misteriosamente -como dice la Madre Teresa- “en disfraz de pobre”, en aspecto deslucido, no acogedor, como afirma bien clarito Mateo 25.

Haciendo clara alusión a este texto evangélico, e intentando movilizar los corazones de los cordobeses para que abran las puertas a los peregrinos del Encuentro Eucarístico Nacional con motivo del Jubileo del 2000, José Luis Serrano, encarnando a Doña Jovita, esa vieja tan nuestra de la sierra, y a la vez con tantas cosas en común con esas criollas sencillas y sabias que uno encuentra en todos los rincones de la patria, contaba aquella historia tan linda de Don Rufino y Doña Pura:

Allá por los años treinta / hubo otro de estos encuentros/ y no había alojamiento/
para tanta cristiandá:/ ‘taba llena la ciudad,/ ya no daba abasto el centro.

Salieron los curas párrocos/ recorriendo los caminos/ hacia los pueblos vecinos,/ pidiendo a los parroquianos/ que les dieran una mano/ para albergar “pelegrinos”.

Cerquita de La Calera/ don Rufino y doña Pura/ vivían con apretura/ criando cabritos y chanchos,/ pero ofertaron el rancho/ ante el pedido del cura.

“¡Ave María Purísima!”/ se escuchó desde el camino;/ y contestó don Rufino/
dándoles la bienvenida:/ “¡Sin pecado ‘conseguida’/ es su casa, pelegrinos!”.

Una mujer con un mozo/ cubiertos de ‘polvadera’/ estaban en la tranquera;/ ...eran medio conocidos.../ ¿a quién eran parecidos/ el muchacho y la viajera?

“Pasen, los perros son mansos/ y está la pava en las brasas./ Sientansé como en su casa,/ no tiene llave la puerta/ la tenemos siempre abierta para el viajero que pasa”.

Cuando terminó el Encuentro/ y los güespedes se jueron,/ los viejos les envolvieron/ para llevar pa’ las casas/ unas nueces, unas pasas/ y unos güevitos caseros.

Cuando llegaron los fríos,/ una noche se durmieron/ pegaditos al brasero./ ¡Mal haya la mala suerte!, / así los halló la muerte/ sobre la cuja de cuero./ Juntos habían vivido/ y juntos los enterraron./ Cómo nunca se apegaron/ a las cosas de esta vida,/ con las alforjas vacías / juntos p’al cielo rumbieron.

Cuando llegaron arriba/ estaban desorientaos;/ miraban pa’ todos laos/ y no sabían qué hacer..., / ¡si era la primera vez / que salían del poblao!/ A donde estaban los viejos/ un muchacho se acercó;/ cuando el muchacho pasó/ entremedio de la gente,/ en actitud reverente/ la gente se arrodilló.

¡Nuestro Señor en persona/ los venía a recibir!/ Rufino empezó a decir:/ “¡Yo no merezco, Señor!/ Soy un pobre pecador,/ pa’qué le voy a mentir./ El Señor le dijo

entonces:/ “¿Cómo no has de merecer?!/ si nos diste de comer,/ si nos diste alojamiento/ y cuando andaba sediento /vos nos diste de beber”.

“Mi madre María y yo/ éramos los dos viajeros/ que en su rancho recibieron,/ y que al irse pa’ las casas,/ llevaron nueces y pasas/ y unos güevitos caseros”⁸.

Nostalgia y esperanza de otra Casa

“Todos, en medio de la hostilidad y la despersonalización de las relaciones, andamos buscando un lugar en el que sentirnos aceptados incondicionalmente, pues sólo ahí podemos recuperar confianza y perder miedos; sólo ahí nos descubrimos autorizados a existir tal como somos... Saber que “tenemos casa” nos hace desear ese lugar en el que podemos estar seguros y a salvo y en el que alguien nos espera con fuego encendido y comida caliente, y donde, abrigados y protegidos por un cuidado materno, es posible cicatrizar heridas y encontrar asilo, estabilidad y permanencia,

En la misma tónica, llena de esperanza y ternura, nos dice Cabodevilla:

“...Y porque creemos que Dios es Padre esperamos vivir allí con la sensación de hallarnos en nuestra propia casa, no como invitados permanentes de palacio ni como huérfanos acogidos en domicilio ajeno. Casa paterna equivale a casa nativa (donde uno nació y se crió), donde además del encuentro con Dios, habrá también el reencuentro con los recuerdos más personales y remotos: la música que nos serenaba de niños, los ruidos de la casa, las voces del patio, el tren por la noche, el reloj de péndulo al fondo, y aquellos olores que impregnaron para siempre el alma, el olor de la leña, de la ropa recién planchada, del arca donde se guardaba el pan, el olor de un sillón de cuero, el olor de los domingos.

La hospitalidad no es fácil

La dignidad del h. no se puede desvalorizar, desnaturalizar, o alienar, ni siquiera por el peor mal que el hombre solo o en grupo, pueda llevar a cabo.

El error debilita y ensucia la personalidad del individuo, pero no la niega, no la destruye.

De ahí una pregunta:

¿Creemos de verdad que en el hombre de la calle hay una persona que se debe respetar, salvar, promover, educar?

Desafío: encontrar cada día las motivaciones para convencerse de que a pesar de todo, el hombre vale, se puede curar. Que no es el hombre una bestia que haya que domar, un enemigo que derrotar, un parásito que matar. Es una persona a la que hay que estimar aún cuando no nos estime, a la que hay que comprender, aunque sea duro de mollera, a la que hay que valorar aunque nos desprecie, responsabilizar, aunque nos parezca incapaz, amar, aunque nos odie.

⁸ El relato está escrito por Marta Ferrer, para Doña Jovita.

Que su situación de desamparo no la juzguemos como una venganza social (por algo será), sino la posibilidad de una renovación del hombre.

Y en esto tenemos responsabilidad, porque sólo el hombre recupera al hombre.

Sólo una persona de pie puede ayudar a levantar al caído.

Sólo una persona consciente de su valor y dignidad puede transmitir y respetar esa condición en otras personas....

Hoy el individuo corre el peligro de desaparecer en la masa, de ser engullido por la multitud. Entre la gente, la persona individual pierde sus rasgos, pierde su nombre.

La despersonalización, el anonimato, son fenómenos típicos del mundo actual.

En vez de rostro, una ficha; en vez del nombre, un número.

La ideología y la politiquería son las que captan a la muchedumbre en cuanto muchedumbre. Es su función. Halagar a la multitud, amarla persiguiendo a través de ella sus fines: estamos frente al desprecio bajo apariencia de amor.

Jesús se dirige a la multitud, pero le gusta encontrar a las personas concretas.

Su palabra se hace diálogo con una persona particular, afronta los problemas de cada uno. “Soy yo, el que está hablando contigo”.

Necesidad de ser reconocidos, arrancados fuera del anonimato, salvados del fango que tiende a engullirnos, por una voz que llama por el nombre.

Olivier Clement ha denunciado la más grave amenaza de la sociedad y de la cultura contemporáneas: “La muchedumbre de los totalitarismos –un amasijo informe- y la de las metrópolis desmesuradas, terminan por borrar el rostro del hombre.

Pero una sociedad sin el “culto del rostro” es un sociedad que convierte en esclavos. Por algo en la antigüedad griega, se llamaba al esclavo APRÓSOPOS, LITERALMENTE: EL QUE NO TIENE ROSTRO.

Soy en tanto hospedo al rostro que espera de mí –nos dice Cecilia Avenatti-... Una hospitalidad que para un cristiano no es optativa... No existe hoy otro modo de ser cristiano que el hospitalario, porque es allí donde el “yo te amo” muestra la recia concreción de la fórmula de Juan: “Dios es amor” (1 Jn 4,8)

Dejemos hablar a los testigos

Fadi es un sirio que llegó con su señora y sus hijos a nuestra tierra, perteneciente a una rama del islamismo considerado hereje por los fundamentalistas, por lo tanto llamados a ser liquidados junto a los cristianos. Esta entrevista nos pone frente a la grandeza de sus personas y de la hospitalidad

La periodista me pregunta: **Contame sobre vos y tu familia.**

Yo solo soy una persona de Siria, mi nombre no importa, porque soy todo el pueblo sirio. Mi esposa es todas las mujeres de mi país que lloran y lamentan el destino de sus hijos, o la muerte de su esposo, o su hermano, o padre, representa a esas jóvenes que sueñan con el vestido blanco de casamiento. Mis hijos son todos los niños de Siria, que permanecerán niños mientras el humo de la guerra les impida jugar en las calles junto a otros niños.

La periodista me pregunta: **¿Cuándo saliste de tu país y con quién?** Yo le respondo que podré haber dejado físicamente a mi país, pero estoy seguro que él me acompañará en cualquier lugar que vaya. Por eso siento que vine con todo mi pueblo, con sus sueños. Allá dejé mi infancia, dejé mi primera historia de amor, las huellas en mi escuela, dejé mi nombre y los nombres de mis amigos grabados en un pared que no sé si aún está de pie. Dejé mi padre que se negó a abandonar sus diez olivos que los ha regado con su sudor, y mi madre que quiso seguir al lado de mi padre, a pesar de esas lágrimas que no se detienen.

La periodista me pregunta: **¿Cuándo decidiste dejar tu país?** Yo le respondo que desde el momento que sentí que la muerte comenzaba a amenazar la sonrisa de mis hijos rodeando sus sueños. Ellos son inocentes y no tienen la culpa que los mayores hayan perdido su humanidad. La vida para todos los niños debería girar alrededor de sus juguetes y libros y no en orfanatos donde lleven sus recuerdos en cuadros colgados en una pared. Mi pueblo ama la Vida y trabajamos para la vida. Estamos aquí para enseñarles a nuestros hijos que la Vida triunfará sobre la muerte y que la paz y el amor son el camino para lograrlo.

La periodista me pregunta: **¿Cuáles son las necesidades esenciales para los refugiados en este país?** Yo le respondo que lo más importante para un refugiado es sentirse a gusto, es que se le abran oportunidades para demostrarle a todos que viene a trabajar y a vivir libre....Un extranjero necesita una sonrisa, ya que sus lágrimas las esconde para que nadie lo vea llorar, y sus rezos los hace en soledad porque aún tiene fe en que Dios pueda escucharlo.

La periodista me pregunta: **¿Cuáles son las dificultades que experimentan después de su llegada?** Yo le respondo que muchas dificultades. El idioma, el hospedaje, el trabajo y la vivienda. Todo es nuevo, pero a pesar de ello continuamos, porque sabemos que es para construir un futuro nuevo. Debemos transitar caminos difíciles, pero nos topamos con personas que te hacen más liviano el desarraigo y sus manos te abrazan para andar juntos en un largo camino de esperanza. Nos dan fuerza para empezar, de nuevo, cada día.

La periodista me pregunta: **¿Estás pensando en volver un día?**

Vamos a volver cuando el sol de la paz salga nuevamente y cuando la fragancia del jazmín damasceno vuelva a perfumar la brisa de las mañanas en vez del olor de la pólvora. Y si alguna vez retornamos, jamás olvidaremos sus ayudas, su solidaridad y sus palabras de bienvenida, su amabilidad, y lo más importante: su humanidad, que nos ha convencido de que el amor es la manera de enlazar nuestras manos para formar una cadena más fuerte contra la guerra y la muerte. (*) Inmigrante sirio e ingeniero agrónomo.

Fadi le pidió a la religiosa que los cobijó que lo lleven al lugar donde rezaban ellas ya sabiendo que ellos venían. Allí estuvo en silencio en la capilla frente al Santísimo y después le entregó por escrito lo que rezó:

Señor mío,

Te estuve buscando por mucho tiempo con los ojos vacíos y el corazón cerrado.

Te he buscado por todos lados y en cada rincón de oscuridad de esta vida.

En los asustados ojos de aquellos que no tienen hogar y que no tienen esperanza.

Intentaba escuchar Tu voz en los ruidos de la guerra y en los gritos de los oprimidos.

Estuve muy cerca de perderte para siempre... pero finalmente te encontré. No en una gran mezquita ni en una lujosa iglesia.

Encontré Tu luz brillando en los corazones de aquellas personas que ahora me rodean.

Señor mío, me encontraste mientras pasaba mi vida buscándote en otros lugares.

Que Tu gloria brille en los corazones de aquellos que viven en la oscuridad.

Que Tu Santo nombre le de paz a aquellos que perdieron todo.

Que Tu Santo nombre bendiga este lugar y a aquellos que nos dieron esperanza y que demostraron que la humanidad, al fin, triunfará.

Fadi

El otro testimonio es de Hugo, un hombre en situación de calle hospedado en la Hospedería de San José de Manos Abiertas de Jujuy. Así expresaba su desamparo y su agradecimiento:

La Casa del Afecto

Entre un espejo de cielo y de rocío, se me juntó la noche y la mañana, se me arrimó un pensamiento de amigos, de esos amigos que sobran cuando todo sobra y que faltan cuando se ha perdido todo.

Con la mirada fija en la nada, viendo pasar las horas y los días sin una razón para existir, sin metas, objetivos ni esperanza, entregado a la muerte y escapando de la realidad con el alcohol y la droga... Durmiendo entre cartones, debajo de un alero, donde siempre aparecía algún compañero para compartir desgracias, soledad, frustración, pérdida total de autoestima (considerándonos un gusano), y el constante auto flagelo de odiarme a mi mismo.

Supe hacer de un banco de plaza mi mejor departamento donde conocí el sufrimiento de esos amaneceres al aire libre en que la escarcha quema y hasta el más corajudo tiembla... y así los días pasaban.

Y lo peor era sufrir el desprecio. Ya mi vida era una prisión sin rejas ni guardia, prisionero del infierno, donde la muerte esperada no llegaba.

El afecto ni existía, denigrado hasta lo último y tocando el fondo más profundo, cara a cara con la muerte.

Pero algo sobrenatural sucedió en mi vida.

En aquel túnel de tinieblas se encendió una luz, apareció una esperanza guiada por Dios: Conocí esta casa donde estoy ahora y ya no me escapo de mí mismo. Este es un sitio de caridad donde encontré la vida; en este lugar existe gente con alma, afecto y sobre todo ese calor de madre que es la perfecta compañía.

Me acercaron fuerzas, dignidad y esperanza, así el túnel tenebroso que mencionaba se llenó de luz. Ya no tengo que escaparme de mis ojos, ni de los ojos de los otros, porque ya no estoy solo. Aquí puedo manifestarme a mí mismo como el gigante de mis sueños y no como el enano de mis miedos. Ahora soy un hombre con una razón por existir para mí y para los demás. Ya no soy temeroso de ser visto o reconocido. Ahora le importo a alguien y sólo con esto recupero mis fuerzas, mis valores, la honestidad, la responsabilidad y la autoestima. Me quiero y quiero a los demás porque aquí afecto y amor sobran. Se que mi vida es fugaz, pero, lo que en esta casa se hace es eterno.
